

## EL PIOJO DE TOMMY de Ricardo Nuez

---

Éramos un grupo de piojos exigentes. Stuart, Pit y yo habíamos estado juntos desde liendres. Viajar nos fascinaba, y recorríamos los mejores cueros cabelludos sin necesidad de reservar habitación. Las madres solían frotar y frotar las cabezas de sus hijos para evitarnos, pero no sabían que nosotros adorábamos esa limpieza y ese olor a champú. Hacíamos lo que queríamos y todo iba con el pelo a favor. A los 26 días de vida, Pit murió. Una semana antes, las púas de un peine se habían llevado a Stuart. Estaba solo. Solo y perdido. La efímera diversión se desdibujó por la soledad, y estuve cerca de saltar de una de las orejas de la chica en la que me hospedaba para acompañar a mis amigos. El polvo del suelo reclamaba mi alma cuando le vi agitando su melena de lado a lado. Amor a primera vista. Corregí la fuerza de mi impulso para trazar otra dirección y acabar en la nuca de aquel niño. Su nombre era Tommy.

Ya os había dicho que era más bien nómada y que no me quedaba en una persona como vivienda fija, pero ese pelazo me cautivó. Lo tenía decidido. Me quedaría en Tommy hasta que mi corazón dejara de latir. Los días pasaron y mi satisfacción por nuestra relación estable era evidente. ¿Habéis visto alguna vez sonreír a un piojo? Pues tendríais que haber apreciado mis dientes cada vez que me deslizaba por esos pelos locos. Por fin había asentado cabeza y, sinceramente, estaba creciendo como animal. Cada vez que mi niño se duchaba, yo brincaba hasta una pequeña flor con la que la familia decoraba, de forma acertada, el baño. Luego regresaba a mi hogar y nos íbamos a cenar. Todo cambió cuando apareció esa palabra. Cáncer. No era consciente de su significado cuando la madre de Tommy se lo dijo aquella silenciosa tarde, pero, por la reacción de ambos, intuí que no era nada bueno.

Las coloridas paredes de la habitación de Tommy fueron sustituidas por un puro blanco a la mañana siguiente. No entendía nada. Los tres primeros días estuvieron plagados de visitas: familiares, amigos, profesores... Al cuarto, solo su madre y yo permanecemos con él. La siguiente palabra que cambió mi vida no tardó en pronunciarse: quimioterapia. Esperé sentado en la misma flor en la que lo solía hacer cuando Tommy se duchaba, pues su madre la trajo consigo para que diese otro aspecto a la mesilla. Pero el chico tardaba más

que en el baño de casa. Acompañado por una mujer, por fin pude verle. Sin pelo. Esa tarde lloró mucho. Nunca lo olvidaré. Su madre también. En ese momento tan duro para todos me di cuenta de que realmente quería a Tommy. No estaba en él por su pelo. Es más, podría haberme marchado a otro niño y abandonarle, pero me quedé. Me quedé todos y cada uno de los días sentado en aquella flor, viendo cómo Tommy avanzaba por conseguir superar esa situación. Él no lo sabía, pero yo me mantuve allí. Pasaron los meses. Meses de intenso sufrimiento. De subidas emocionales que son frenadas en seco por una libreta y una nueva mala noticia. Las arrugas hicieron mella en mi carita y mis articulaciones se resentían cada vez que intentaba asomarme desde el pétalo para ver mejor a Tommy. Su melena comenzó a crecer, aunque esta vez no desapareció. Había superado el cáncer. Desde la marchita flor, vi como Tommy y su madre abandonaban la habitación en la que tanto tiempo habíamos pasado juntos. Aquel pelo del que había quedado prendido recuperó su color. Intenté impulsarme hasta él, pero mis patas no respondieron. No pude ni saltar, y me quedé ahí, sin hacer nada. Me morí pocos días después, pero ver vivir a Tommy me hizo el piojo más feliz del mundo.